

NOTA EDITORIAL

Poner España en claro. Esta debiera ser la primera respuesta a la crisis política, social y económica que vivimos. Para revertir la querencia por vivir contra la verdad que padece una porción –menor pero nutrida y activa– de la sociedad española, y para reanimar el compromiso del resto.

Esto significa favorecer la reconciliación del país con su propia realidad, con su propia circunstancia. Significa ayudarlo a asumirla y a respetarla como paso previo a cualquier proyecto o aspiración. Significa iluminar y proteger el tejido institucional que nos sostiene, las lealtades que exige y merece, las habilitaciones y los límites sin los que la mera noción de ciudadanía pierde su sentido. Significa ofrecerle salidas razonables a problemas auténticos; hacerse responsables de lo que verdaderamente pasa y de lo que verdaderamente hay; conocer los motivos de nuestro mal momento, aceptar sin reservas las causas de los fracasos y las razones de los éxitos, asumir los sacrificios; significa, en suma, anclar los comportamientos, las actitudes y los proyectos al país real, y anclarlo a la Europa real y al mundo real de finales de 2012.

Persisten las resistencias a aceptar la necesidad de una reforma a fondo de nuestras políticas de bienestar, de nuestros usos administrativos, de nuestros hábitos de gobierno. Puesta en claro, la crisis significa que sin austeridad no hay libertad, que hemos perdido capacidad de elección y que no la recuperaremos mientras no abordemos el programa de reformas que sabemos que tenemos pendiente desde hace mucho tiempo. Significa que hemos consolidado como

gasto estructural lo que provenía de ingresos coyunturales, y que eso, en todo caso, pero especialmente en un momento de caída brusca de los ingresos públicos y de pulverización de las bases fiscales, no es posible mantenerlo. Significa que arriesgamos verdaderamente la cohesión social y el bienestar si no procedemos a hacer lo que todos han hecho en parecidas circunstancias.

Ante la magnitud de nuestros desafíos algunos parecen decididos a clausurar su vínculo con una realidad de la que también son responsables. Incluso en mayor medida que la mayoría. Prefieren afirmarse en la idea de que ya cualquier cosa puede pasar porque esperan de ella que los transporte a otro tiempo y a otro espacio. Lo sorprendente no es que digan “quisiera tener otra historia” (¿quién no?), lo malo es que lo crean realmente posible y hasta obligado en derecho: “Ya todo es posible”. Pero puesto en claro el eslogan pierde su magia: porque cuando todo es posible es cuando cualquier cosa puede pasarnos.

Puesta en claro, la idea de que ser español es un asunto de sentimiento y voluntad parece lo que es: una coartada. Somos “objetivamente españoles” quienes compartimos la suerte y la responsabilidad de España, de la que no tenemos derecho a abdicar porque España es nuestra obra, sean cuales sean nuestros deseos y sentimientos al respecto. En un alma noble esto constituye un límite nítido a cualquier aspiración. En esas condiciones, uno se queda. Simplemente, no abandonas a los tuyos, y tuyos son aquellos en cuya vida influyes de manera decisiva. Plantear como derecho no tener más responsabilidad que la que se “siente” como propia, pretender una vida sin obligaciones “en sí”, gusten o no, pretender no deberse a nada ni a nadie más que a uno mismo, no tiene nada que ver con la teoría política sino con la mera inmadurez moral. Es un comportamiento pueril sublimado en impostado hecho nacional, excusa (sic) de envanecidos y motivo para el engaño. La nación que el nacionalismo pretende no se rebela contra España sino contra la evidencia de su propio fracaso gestor, contra la realidad y la manera occidental contemporánea de estar en ella: el rendimiento de cuentas, la vida responsable, el Estado de derecho.

Ante el desafío que el nacionalismo ha puesto en marcha, hay que poner en claro que no procede hablar de independencia ni de autogobierno, puesto que ni hay dependencia ni hay despotismo. Estamos, si acaso, en una confrontación entre un rastro del Antiguo Régimen y la nación de todos, de igual

les y de libres, la nación española expresada políticamente en la Constitución de 1978. Esa Constitución manifiesta el compromiso de los españoles con la más alta civilización política, la democracia abierta y la nación cooperativa e inserta en la supranacionalidad.

La soberanía no alude a la condición de quien puede hacer lo que quiere sin contar con nadie más. La nación española no hace eso, sino que asume como propio el cuidado y la cooperación de cuantos se hallan a su alrededor: por eso existe la cláusula de apertura europea, y por eso se aceptan jurisdicciones foráneas. Y también por ello es moralmente superior al solipsismo nacionalista y es orgullo de la gran mayoría de los españoles en cualquier parte de España.

Que el nacionalismo identitario se encuentre incómodo en un sistema plenamente democrático y abierto es lógico, y seguramente inevitable. Que pretenda ocultar su fracaso detrás de la polvareda, también. Que lo logre, no. Y carece de sentido cambiar las reglas para favorecer un encaje que si no se produce es porque no se aceptan los principios del sistema y no por otra razón. La razón del malestar de unos cuantos es la libertad de todos. El trabajo de las instituciones no es degenerar el sistema para satisfacer a nadie, y menos a quien lo quiere mal, sino preservarlo intacto y sumar a él a cuantos más mejor.

Pongamos en claro qué defendemos cuando defendemos nuestra Constitución y a qué renunciaríamos si aceptáramos su quiebra. Nación española es redención de los humildes, es libertad sin acepción de rangos ni de estirpes, es igualdad y es fraternidad. Es la toma de posesión de nuestro propio país. De todos y para todos. Constitución y ley son la expresión de la voluntad general sobre el interés general, la manifestación de nuestra plena dignidad como ciudadanos españoles, como personas de bien. La España constitucional es, ante todo, un hecho moral, el compromiso con un bien colectivo.

Poner en claro España es mostrar la grandeza de una sociedad que ha sido capaz de dar un enorme salto en las últimas décadas. Que ha hecho mal algunas cosas y que además vive un mal momento, pero una sociedad más que capaz de perseverar en su camino, de asombrar de nuevo a quienes necesitan la falsa imagen de nuestro fracaso nacional para consolidar sus prejuicios y conjurar sus miedos.

“El rechazo a toda intimidación es una de las primeras condiciones de la vida pública”, escribió Julián Marías. Y también: “La realidad resiste; cada país cruza los siglos sin saltarse ninguno, ni siquiera un año; los más atroces, los desastrosos, dejan cicatrices, pero persiste la continuidad, que no tolera ninguna interrupción. Lo que resulta urgente es una corrección de la perspectiva, del punto de vista; en el fondo, se trata del uso indebido de técnicas destructoras, que sustituyen lo efectivo por construcciones mentales injustificadas e injustificables”.

Con Marías podemos preguntarnos ahora, muchos años después de que él lo hiciera, ¿qué vamos a hacer? Para nuestra fortuna, hoy ya tenemos una historia de libertad y de prosperidad de la que aprender, ya tenemos un camino abierto. No hay más que ponerse de nuevo en pie y seguirlo.

Seguir en el camino es lo que pretendemos con este nuevo número de *Cuadernos de Pensamiento Político*, que incluye los siguientes estudios: “La reforma del modelo territorial”, de Tomás Ramón Fernández; “Sobre la crisis y sus limitaciones”, de Ricardo Montoro Romero; “España y el mundo transatlántico”, de John Elliott; “¿La crisis de las relaciones transatlánticas?”, de Juan Tovar Ruiz; “¿Demócratas o ‘demo-crazies’? Examen crítico del ‘Global May Manifesto’ de 2012”, de Luke O’Sullivan; “Los límites del laicismo”, de Jonathan Sacks; “La cultura sin ‘política’ o ‘el fin de la política cultural’”, de Fernando Villalonga Campos; “Cuando los vascos de ayer conquistaron el reino de Navarra (1512)”, de Jaime Ignacio del Burgo; “Manuel Fraga, sociólogo”, de Julio Iglesias de Ussel; “Bases para la formulación de un discurso social”, de Jorge Martín Frías.

Por su parte, las reseñas de este número 36 son: *Sumar y no restar. Razones para introducir una educación bilingüe en Cataluña* (Mercé Vilarrubias), por Xavier Pericay; *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical 1958-2011* (Gaizka Fernández Soldevilla y Raúl López Romo), por Alfredo Crespo Alcázar; *Los presidentes y la diplomacia. Me acosté con Suárez y me levanté con Zapatero* (Inocencio Arias), por Carlos Robles Piquer; *John F. Kennedy* (Alan Brinkley), por Manuel Pastor; *Berlín 1961. El lugar más peligroso del mundo* (Frederick Kempe), por Roberto Inclán; *Start-Up Nation. La historia del milagro económico de Israel* (Dan Senor y Saul Singer), por Gabriel Cortina, y *Un viaje optimista por el futuro* (Mark Stevenson), por Leah Bonnín.